

ACERCA DE LA TRADUCCIÓN Y DE LOS TRADUCTORES

NICOLÁS ROSA

Traduciendo... no sólo proclama su servidumbre,
sino también su grandeza: porque el arte construirá
otras formas (otros sueños, otros palacios)
que tiendan incesantemente, eternamente, a la
revelación de ese misterio.
Ana María Barrenechea. “Borges y las sombras”
en *Textos hispanoamericanos*

La relación entre lo nacional y lo internacional, entre lo global y lo local, pasa por un contacto de lenguas y por ende por el fenómeno de la traducción en sus formas de transliteración, transcripción, transferencia y reformulación de “lenguas” y “estilos”. La traducción en todas sus variantes –interlingüística, intersemiótica y cultural–, de significante a significante, de signo a signo, de las relaciones intersígnicas, de universo de discurso a universo de discurso, es quizás uno de los problemas más acutantes dentro de una semiosis comparativa; traducir a Marx, a Freud, a Bajtín, a Barthes, a Adorno, etc., y en el campo de las lenguas literarias, los escritores de una lengua (Proust), los escritores que escriben en lenguas esquizofrénicas (Artaud), los escritores de dos lenguas, como es el caso de Conrad, de Nabokov o tal vez Gombrowicz, escritores que escriben en lenguas hipotéticas, como César Vallejo en “Trilce”, los escritores que escriben en “neglosias”, como es el caso de Lacan o de Derrida, los escritores

en lenguas arcaicas restituidas, como es el caso de Enrique Larreta en *La gloria de Don Ramiro*, los escritores que escriben en lenguas nacionales pero que reinventan su propia sintaxis y su semántica, como es el caso de Macedonio Fernández y podríamos citar muchos otros ejemplos.

La invención de lenguas y sus formaciones en la especie humana (el don de lenguas, mito psicótico) genera su preciso contrario, la dispersión babilónica (Steiner 1975) y la disolución esquizoide. La traducción es un “farmakon”, diría Derrida, simultáneamente un veneno y un remedio. La traducción de los sistemas de los aparatos, de los servos mecanismos, postula la unidad de las lenguas, una sola lengua adámica para todos los hablantes. El fracaso muestra que no existe una esperanza ni un “esperanto”, sino cientos de “esperántidos” –esperanzas, utopías y agonías, dirá Borges en “El idioma analítico de John Wilkins”– para revocar la fatalidad. La posmodernidad nos muestra el revés de la esperanza: las políticas de la traducción determinada por las lenguas de prestigio y por el modelo del discurso (estético, sociológico, científico, etc.).

La relación entre estos modelos construye las políticas de traducción. La absolutización de una lengua de prestigio en la secuencia histórica de Latinoamérica: el francés (lengua de cultura), el inglés (lengua de intercomunicación), el alemán (lengua filosófica, en la sospechosa caracterización de Fichte) es un fenómeno de doble faz, es la lengua dominante pero al mismo tiempo la lengua de conocimiento y por ende la lengua instrumental, pero ambas dos son la única relación que podemos mantener con el otro. Para el nacionalismo filosófico alemán es el fundamento de la *Ursprache* fundamental: la lengua madre. Según Derrida (1996), a partir del discurso sobre la nación alemana de Fichte, la versión nacionalista no se presenta como un repliegue con la particularidad empírica, digamos, la nación, la clase, el grupo, la etnia o las lenguas vernaculares, sino como la asignación a una nación de la representación universal, eso, que en términos políticos, llamamos imperialismo.

Por lo tanto no pasa por el suelo, la tierra, la “terra patrum”, que luego se desarrollará en Francia a fines del siglo XIX, por ejemplo con Charles Maurras cuyo condicionamiento fundamental era la defensa de la lengua nacional, sino de la esencia humana como libertad. En ese sentido, la “encarnación” de la libertad humana es una vivencia nacional, digamos, identificación nacional en oposición a la jerarquización nacionalista. Según Derrida, en Fichte, la universalidad se genera a partir del espíritu universal, propio del idealismo filosófico alemán. Si ser alemán es ajustarse a la medida del hombre –como dice Fichte– todos debemos ser alemanes para ser hombres como correlato de la Humanidad. La paradoja consiste en que sólo si somos hombres podemos ser alemanes y sólo si somos alemanes podemos hablar en alemán.

Hannah Arendt vivió dolorosamente ese conflicto. Es curioso, el nacionalismo alemán se funda en la *Ursprache* fundamental: la lengua-madre y no la lengua materna. Podemos presentar dos atribuladas versiones: Adorno dejó los Estados Unidos y

volvió a su *heim* (casa, hogar) porque no podía decir en inglés lo que tenía que decir. Barthes dice, y lo dice en serio, que la lengua es fascista, sólo deja decir lo que dice y no lo que queremos decir. Este hecho formará parte de la cuestión fundamental de toda traducción. La traducción lingüística implica siempre una aceptación o rechazo del universo del discurso y más allá de ello a la realidad que convoca. Si pensamos la traducción como una “transferencia” con todo lo que ello implica: la transferencia en el discurso lingüístico, la transferencia en la organización retórica de ese discurso y la transferencia comparativa de esos universos, la traducción puramente lingüística deja de tener sentido.

La llamada “traducción radical” enfoca ese problema y fue Quine (1960) quien formuló el rasgo fundamental de la traducción radical, el principio de indeterminación sobre el presupuesto de las llamadas hipótesis analíticas. La negación de los universales lingüísticos afecta tanto a la antropología semiótica como a la teoría de la traducción. Como diría el espíritu corrosivo de un rumano-francés como el de Ionesco en “La lección”, cómo se dice “la capital de France est Paris” en español: “la capital de España es Madrid”. Y nosotros agregaríamos cómo traducir el nombre propio de Balzac, con todas las connotaciones de composición literaria, biográficas, parisinas, nacionales y por la “monumentalidad” de la *Comedia humana*, al español y sus correspondencias semánticas: Pérez Galdós.

Entonces la traducción es el fenómeno más importante de la cultura, la antropología de los sitios y lugares (Marc Augé), descubre que la única manera de corresponder con el otro no es hablar, sino traducir. Recordamos un ejemplo, entre jocoso y vergonzante. Sobre la década de los años sesenta se introdujo el estudio de las teorías de Jakobson en las disciplinas lingüísticas y poéticas. Circuló durante bastante tiempo en las aulas universitarias una traducción del texto “Lingüística y Poética” (Jakobson 1963) donde el término de una de las funciones del lenguaje era traducido como “fáctica”, cuando el término de origen griego era “*fates-fatou*”, mantenimiento del contacto lingüístico sin valor semántico proveniente, según Jakobson, de Malinowski. Este error de traducción nos da que pensar.

Una traducción fallida por fatiga o desconocimiento dio origen a numerosas disquisiciones productivas y ponía en evidencia el malogro consustancial de toda traducción, su ínsita vulnerabilidad. La traducción de los universos de discurso es poner sobre el tapete el problema de la natural traductibilidad del lenguaje en la sinonimia, la antonimia, en la hiperonimia y sobre todo en la metafórica propia del lenguaje, todos sistemas de comparación y de equivalencia. Pongamos por caso, la hiperonimia que nos convoca a la elección de un nombre por aproximación en el paradigma de la lengua-meta para acercarnos al supuesto original. Los trabajos existentes muestran que el hablante de una lengua como traductor usa un registro idiolectal de esta para elegir la palabra o el sintagma en relación con una configuración del mismo que varía tanto en la lengua de origen como en la lengua-meta.

Este sistema comparativo sólo tiene sentido si realizamos un trabajo sobre los campos léxicos, los sistemas gramaticales, los grados de estilización de cada lengua y más agudamente por la estilización retórica tanto del lenguaje como de las construcciones estilísticas. Las variaciones más extremas se darían entre el lenguaje científico y el lenguaje poético. Las metáforas científicas no tienen correspondencia biunívoca con la lengua que se va a traducir. Los trabajos de Gastón Bachelard, epistemólogo y teórico de la poesía, muestran que estas metáforas son difíciles de traducir, incluso en las lenguas del mismo origen. En la lengua poética, los valores fónicos a caballo entre lo fonético y lo fonémático, son por momentos intraducibles. ¿Cómo traducir al español el sintagma del famoso poema de Mallarmé:

agonise selon peut-être le décor
des licornes...
aboli bibelot de inanité sonore?

¿decorado o decoro de los unicornios –equivalencia que no existe en el francés moderno pero sí en español– mutilando epigráficamente el sintagma y sobre todo –nuevo fomento de la poesía visiva– de la espacialidad del significante “unicornio” que mantiene el conjunto de fonemas cor –corazón del sintagma– elidiendo la proyección de los fonemas líquidos que luego se sucederán en el poema como una erección del cuerno, en su formación anagramática.

Cuando el sonido es confundido con la letra o cuando la letra significa el sonido, enigma que desde siempre ha presidido la relación entre “grammata” y “fone”, desde el *Cratilo* de Platón hasta *De la Gramatología* de J. Derrida, donde se establecen las correspondencias en el plano de la sensación, entre el dulzor del sonido “glykos” y la dulzura del azúcar que significa, pasando desde las correspondencias baudelerianas al sonido de las vocales de Rimbaud, donde no sólo se pone en evidencia la fuerte motivación entre sonido y sentido, sino también la interrogación que engendra la traducción: las formas fónicas llevadas al extremo, por ejemplo en la poesía simbolista francesa, son intraducibles? Recordemos la experiencia de los *Anagramas* saussureanos y del famoso verso “saturnio” de la poesía latina primitiva y recordemos también la expresión de Jakobson: “el anagrama poético sobrepasa las dos leyes fundamentales de la palabra humana”, proclamadas por Saussure, la relación arbitraria pero codificada del significante y el significado y la linealidad del significante.

Lo que señala Silvère Lotringer, en el número de *Semiotexte* dedicado a los *Anagramas*, es precisamente la energía disruptiva del anagrama. ¿La traducción puede dar cuenta de los juegos anagramáticos sobre la base fundamental del fenómeno de la aliteración propia de la poesía renacentista (pensemos en Garcilaso) o en el barroco español (pensemos en Góngora o en Quevedo)? La retórica propone categorías bien establecidas para considerar estos fenómenos. Las figuras de la similitud y de la aliteración como la rima y la paronomasia son formas donde la correspondencia de los

sonidos está conjurada y por momentos destruida por la correspondencia de las letras –digamos la famosa arbitrariedad de Saussure– y a la inversa, estos fenómenos no tienen correspondencia con la lengua-meta.

Este problema capital con el lenguaje poético, ya sea en la aliteración propiamente dicha o en la rima o en todo el verso, no encuentra equivalencia y si la encuentra organiza una formulación distinta. Ya no sería el “texto en el texto” (Starobinski) sino “otro texto” (Derrida). ¿Una traducción como sistema de escritura o la traducción como sistema de reescritura?

Según los lógicos, a partir de Frege –pensamos en Quine–, el discurso se basa en gran parte en los términos singulares indeterminados que expresan afirmaciones puras de existencia, por ejemplo; “esta mañana, paseando por Buenos Aires, he visto un carruaje”. Más allá del anacronismo, ese específico “carruaje” es la determinación de un singular dentro de una indeterminación general: he visto un “carruaje” es el miembro de una clase de objetos determinados por la especie pero indeterminados por la in-singularidad, un querer decir uno de otros de una especie. Pero, cuando digo “he visto el carruaje”, el término es singular determinado. Entre la indeterminación y la determinación de los enunciados, de las proposiciones y de las formas deícticas se produce una indefinición que pasa por el alcance sensorial de la mostración: ese, aquel, estotro, etc. Quine (1960) introduce la categoría de “indeterminación de la traducción” en función de las hipótesis analíticas que pueden o no congruir (equivaler) en diversos sistemas lingüísticos, lo que nos llevaría a un campo polémico, bien conocido por los traductores de oficio: ¿cuál es la que tiene mayor valor? ¿y cuál es la que se refiere (referencia) dando mayor validez al texto original? El término “inescrutabilidad de la referencia” es la respuesta de Quine.

La referencia es siempre difusa si no la acompañamos con otro tipo de determinaciones indicativas, como por ejemplo la gestualidad. El paradigma de los deícticos es distinto en distintas lenguas y ofrecen dificultades en la traducción de los conjuntos sintácticos y por momentos en los segmentos narrativos o retóricos de la coreferencialidad (Fauconnier 1974) en las formas anafóricas y catafóricas. “Yo” puede designar un sujeto anafórico o catafórico y sólo en el registro narrativo podemos probar este señalamiento. La suspensión semántica sobre la base de una distaxia sintáctica promueve el sentido sólo en la temporalidad discursiva: “Entré y lo vi... qué vi, un jarrón pintado de azul o un cadáver”. Digamos novela realista o novela policial. A partir de allí la determinación es un flujo entre determinación e indeterminación que acompaña el discurso entre tematización y rematización. Los rasgos estilísticos integran esta determinación, pero, si bien los fenómenos de tema y rema son propios de las lenguas neorrománicas, la distinción estilística es diferente.

¿El traductor debe dar cuenta del fenómeno puramente denotativo sacrificando los efectos connotativos o preservar los efectos estilísticos traicionando el sentido para dar

páculo al consabido y logrado lugar común: *traduttore, tradittore?* En alguna oportunidad tuvimos que traducir un texto muy importante desde el punto de vista teórico en cuyo título aparecía la palabra francesa “démantlement” y usamos el término “deconstrucción” muy de moda en los avatares teóricos de la teoría derridiana. Se produjeron una serie de discusiones entre los lingüistas y especialistas sobre la palabra. En el uso de diccionario el término era una opción aceptable, pero como la boga de la teoría deconstrucciónista bordeaba conflictos teóricos, el término se había vuelto semánticamente muy marcado y por ende el diccionario fallaba por la construcción ideológica que sostiene a los universos de discurso. El valor de la verdad de los enunciados depende del universo del discurso, sea este veritativo o ficcional, y al mismo tiempo de la configuración ideológica de los sistemas lingüísticos en una sociedad determinada. La construcción de modelos lingüísticos, estéticos o formales, son la tarea de base de las operaciones de traducción, en tanto que podemos suponer que la traducción sería el axioma de una teoría de la discursividad o literaria donde se entretiejan las “lenguas de cultura” y su expresión literaria y los sistemas de imposición y de rechazo de las lenguas nacionales que entran en conflicto y de la oposición entre “lenguas sabias” y “lenguas salvajes”. Anita Barrenechea señalaba con admirable precisión en su trabajo sobre *Rayuela* el papel que le cabría a Cortázar como traductor de la Naciones Unidas.

La lengua cortazariana engendra sus propias “hablas”, sus propios “dialectos”, sus propios idiolectos, si nos atrevemos a usar ese término hoy denostado tanto por la semiótica como por los lingüistas; también sus lenguas secretas, argóticas, crípticas, aquellas que se usan para nombrar lo innombrable, la comunicación perturbada, los enlaces secretos o la función paralingüística. Cortázar abunda en ejemplos de la lengua coloquial porteña (un modo de verosimilización del relato) para lograr efectos de realidad. La producción inicial, y en particular *Los Premios* –verdadero mapa dialectológico– da cuenta de esa intención. Recordemos cuáles son esos procedimientos: reproducción de hablas y de niveles de lenguas de clase, de personas y de grupos marginales (*Torito*), habla de malevos (*El móvil*), hablas femeninas de clase media (*La señora de Cinamomo*), hablas infantiles (*Bestiario, Despues del almuerzo*), hablas familiares de clase media (*La salud de los enfermos*). A esa intención verosimilizante se agregan incrustaciones de los calcos fonéticos y grafémicos –generalmente transcripciones fonéticas de lenguas extranjeras–, de estereotipos lingüísticos cuya intención irónica deroga la simple actividad de verosimilización, de “datos” culturales del hombre de clase media porteño o del intelectual argentino. Y al mismo tiempo, la acuñación de lenguas fantásticas que tienden a desverosimilizar el discurso: el gílgico, el ispanoamerikano, la lengua de los cronopios. La superposición de estos elementos genera un espacio heterolingüístico fragmentario que alcanza su mayor exposición en *Rayuela* y *El libro de Manuel*: los grupos humanos heterogéneos plantean el problema de la intercomunicación lingüística en el nivel del verosímil, pero también problematizan la producción del discurso que la textualiza: franceses, eslavos, chinos y argen-

tinos conviven en el “espacio transicional” de la traducción, hablan entre ellos una “lingua franca” o “sabir” que acaba por rescindir la comunicación, verdadera torre de Babel. “Traducí lo que dice, mandó el tiranuelo a su intérprete. –Habla en argentino, Excelencia. –¿En argentino? ¿Y por qué no entiendo nada? (“Cuento sin moraleja” en *Historias de cronopios y de famas*) donde la alternancia verbal produce el efecto mayor de la disolución lingüística.

¿En qué lengua “real” se comunican los personajes de *Rayuela* actualizada en el discurso por una lengua heterogénea? ¿A qué fuente extratextual alude el discurso lingüístico? Esa lengua internacional es una lengua de contaminación donde el acá y el allá no quedan saturados, lo europeo y lo americano se entrelazan, llegan a contactarse pero nunca congrúen totalmente: figura vacía de la traducción semiótica de universos de discursos de cultura diferentes; la “lengua universal” a la que tiende la escritura se mantiene indecisa entre las lenguas nacionales y las lenguas territoriales o vernaculares, en un espacio intermedio, espacio de contacto de lenguas pero también espacio de la imposibilidad lingüística.

El dato biográfico traductor –según Barrenechea– aparece en muchos de los relatos de Cortázar, pero es en *El libro de Manuel* donde se densifica el núcleo significante de este comportamiento escriturario. La yuxtaposición espacial de textos de lenguas diversas lleva a su culminación un procedimiento que aparecía reiterado en los relatos anteriores: la inscripción de lenguas extranjeras, preferentemente el francés, pero también el inglés, el italiano y en menor medida el alemán, ya sea en lengua escrita o en su versión fonética o incluso en la versión fonética degradada del argentino que habla francés o genéricamente cualquier otro idioma. Dice el texto: “una polaca que habla francés y que mezcla el argentino y el gallego”. Ahora los textos son incluidos –el referente dentro del texto– y luego se narra su traducción como tema de una novela generando un doblete: del francés al español y del español al francés que es la actividad fundamental de Susana, el álder ego femenino, nexo intercomunicador del grupo escindido por las lenguas. La narración de la operación ocupa un tiempo considerable del relato, y se remite a los personajes y al mismo tiempo al lector virtual hispano-hablante. La movilidad de los textos, una verdadera migración textual, se realiza en la “historia” de una traducción. El texto ejemplifica: “El que te dije que lo había traducido al español en base a un texto en francés que debía venir de un original en latín o en alemán”. La miseria de la traducción y sus penurias están esbozadas en el juicio de Heine: mis poemas alemanes traducidos al francés son “una luna llena de paja”. O, con menos candor y más virulencia, lo que Nabokov escribió en su poema “On Translating Eugene Onegin”:

¿Qué es una traducción? En una bandeja
la pálida cabeza de un poeta,
el chillido de un loro, el gruñido de un mono
y la profanación de los muertos.

Debemos recordar que la novela *Párido fuego* de Nabokov, como *El libro de Manuel*, tienen el mismo tema: la traducción. La traducción intratextual como fenómeno de la escritura, como por ejemplo “las puertas del cielo” son las del “infierno”, las “babas del diablo” son los “hilos de la Virgen”, etc., convoca una operación de lectura específica: leemos un texto y debemos entender otro, ese “otro” textual está fuera del texto (traducción intertextual) o dentro del texto (traducción intratextual). Leer es traducir, más precisamente, “transliterar” un texto sobre otro –como en los paragramas saussureanos– hasta llegar a un límite absoluto que es intraducible. Héctor Libertella, en una fórmula impecable, dice: “Cuando escribir Uno es traducir Otro” (en Borges: 1983).

Las hipótesis básicas con las que operan los teóricos de la traducción podrían ser las siguientes: el mensaje es totalmente independiente de la forma lingüística y la elección de la lengua de partida es un hecho azaroso en tanto que la traducción tiene por objeto el mensaje y no la forma. Una correspondencia término a término entre la lengua de partida y la lengua-meta no debe ser buscada forzosamente pues, debemos confesar de entrada, es imposible aun cuando las unidades lexicales puedan corresponderse, los campos semánticos serían diversos.

Se entiende que la tarea no debe ser de búsqueda de “equivalencias”, idea que se vuelve más compleja cuando recordamos las traducciones oblicuas como la “transposición”, es decir, el reemplazo de una parte del discurso por otro equivalente o parafrástico, o la “modulación”, trabajo que se realiza básicamente sobre el pensamiento vehiculado por el texto original y por ende opera sobre el mensaje, y por último la “adaptación”, como proceso límite y tal vez la piedra de escándalo en la colectividad de los traductores. ¿En qué consistiría la “adaptación” sino en buscar comparativamente una situación evocada en la lengua de partida para transcribirla en la lengua-meta? Este fenómeno es el que está más vinculado con el universo del discurso, la configuración entre lo textual y lo extratextual y pesan sobre ella razones de orden económico-social, de contexto situacional, de contexto de emisión, y de contexto lingüístico y de performances autoriales que no pueden ser producidos en la lengua-meta.

Damos dos ejemplos: en la teoría bajtiana del texto, el concepto de “carnavalización” posee un sentido categorial; en la teoría del discurso, un sentido plenamente histórico. Los procesos de carnavalización se producen en un momento de la historia de Europa. Se ha trasladado este concepto para analizar fenómenos sociales y literarios de ciertas emergencias discursivas latinoamericanas, como el carnaval de Bolivia o del norte argentino. Como emergencia situacional o histórica no hay procesos de carnavalización en procesos históricos alejados en el tiempo y el espacio. La traducción como fenómeno cultural implica una dialéctica intratextualmente e intertextualmente. Este desvío fue producto de la etapa fuerte del estructuralismo inicial que intentaba buscar y analizar matrices genéticas trans-

históricas. Los análisis predictivos y de cálculo sintáctico propios de la traducción automática, en el caso de Pêcheaux y Fuchs, también existen en la elaboración de la mente del traductor, pero ese cálculo siempre estará mediado por la operación de selección, de comparación y de atribución con perfiles altamente subjetivos.

Uno de los comentaristas más expertos en este campo, dada su larga y acertada trayectoria y considerado uno de los traductores más importantes de la literatura hispanoamericana al francés, como por ejemplo *Moi, le Suprême* de Roa Bastos o *Sept Fous* de Roberto Arlt, a la inversa de las esforzadas y deslumbradas traducciones de Laure Bataillon de la obra de Saer, *L'Ancêtre o L'anniversaire*, Antoine Berman (1984) ha reflexionado notoriamente sobre el trabajo del traductor, estableciendo una distinción propicia para nuestras reflexiones en el campo de la literatura. Instituye una distinción entre lo que llama “traducción etnocéntrica”, la más clásica y de larga tradición, y la “traducción hipertextual”, la más moderna que corresponde a los fenómenos de globalización de la información. La traducción etnocéntrica es aquella que intenta vehiculizar estrictamente el texto sin distinción de nacionalidades idiomáticas o de normas y valores, rechazando todo aquello que provenga de otro ámbito lingüístico.

El último extremo de esta posición es reemplazar palabras, enunciados, fragmentos, que convierten al traductor en un corrector y más crudamente, en un censor. La traducción hipertextual es aquella que vincula un texto X con el texto Y que lo precede a partir de procedimientos como la imitación, la parodia, el “pastiche”, la paráfrasis, la citación e incluso el comentario (Bajtín, Genette, Compagnon)(Genette 1982) Si bien es cierto que estos procedimientos son una dimensión de la literatura, en el caso de la traducción de los fenómenos aparecerían en otro nivel, el de la “reescritura”. Berman (1984) –no podría ser de otra manera–, propone efectivamente a Borges (“Pierre Ménard autor del Quijote”) como la parábola de la traducción.

Si bien es cierto que ha sido muy citado y comentado, es difícil escapar de su ejemplaridad. Dice Borges:

“No quería componer otro Quijote -lo cual es fácil (Borges está pensando en el Quijote de Avellaneda, un Quijote apócrifo), sino *el Quijote*. Inútil agregar que nunca encaró una transcripción mecánica del original, no se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran –palabra por palabra y línea por línea– con las de Miguel de Cervantes. “Es una revelación cotejar el Quijote de Pierre Menard con el de Cervantes. Este, por ejemplo escribió: “...la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. Redactada en el siglo diecisiete, redactada por el “ingenio lego” Cervantes, esa enumeración es un mero elogio retórico de la historia. Menard, en cambio, escribe: “...la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir”

Esta decisión implica varias situaciones propias de la traducción, primero es una parábola de la traducción y por ende, como todo intento que proviene de una parábola es enseñarnos, ¿enseñarnos qué? La traducción no es una copia ni un calco del original, es una nueva sustancia y un animal textual que por su organización mimética termina siendo un nuevo producto, quizás, y ocurre muy pocas veces, mejor que el original. También es una reprobación de la adaptación entendida como reproducción mecánica, y también es una teoría de la traducción propuesta como deseo de diferencia en la equivalencia: todo texto producto de la traducción es otro texto, no un simple facsimilar, una dialéctica interna entre T1 y T2 y externa entre T2 y T1, que desbarata las precedencias temporales.

Y todavía más genéricamente, Borges nos propone que la cultura es también una continuada traducción de los signos del mundo; traductores fueron los brujos de las tribus americanas que atisbaban en las entrañas de la aves, traductores fueron los arúspices romanos que entreveían el destino –la paz y la derrota– en las estrellas del firmamento, traductores fueron los astrónomos renacentistas que interpretaban y descifraban los fenómenos celestes y los físicos de la Tierra. La ciencia es una traducción por traslado de las ciencias del mundo material en nuevas lenguas artificiales o matemáticas. El médico traduce los síntomas del paciente para poder elaborar un diagnóstico y los psicoanalistas los síndromes del analizante siguiendo la ruta marcada por Freud en los trabajos sobre la histeria. Los traductores revisan las traducciones de los otros traductores (Enrique Pezzoni, Ramón Alcalde, Héctor Murena, Ricardo Ibarlucía, Susana Romero Sued o Héctor Piccoli) para no cometer los mismos errores o quizás para vindicar las nuevas lenguas que se crean en las operaciones de traducción. Entre el texto de entrada y el texto de llegada interfiere la caja negra donde se metabolizan todos los procedimientos de la traducción, pero que alcanzan a precisarse en una tarea unívoca que pueda ser apreciada por todos; y quizás, lo más importante fuese la imposibilidad de una definición última: ¿es tarea intuitiva o tarea científica? ¿Cómo transitar por los aventurados caminos de las lenguas nacionales, de las lenguas dialectales, a caballo entre la lengua materna y la lengua vernacular? ¿O la imposibilidad de la lengua joyciana o la desintegración de la lengua esquizofrénica de Artaud serían el reverso negativo de la traducción acentuado por las lenguas mixtas y neoglosias de la poesía moderna?

A pesar de todo, la voluntad imperiosa de los traductores-poetas y de los poetas-traductores, con una increíble tenacidad, nos muestra el zurcido de sus trabajos, el revés de la trama en su propio hilado. Quizás, y esto es una nota personal, lo que más nos interesa en una traducción, lo que nos produce mayor placer, son las notas a pie de página de los traductores. Demos un ejemplo: la traducción francesa de “Acheminement vers la parole” de Heidegger, donde Francois Février, Jean Beaufret y Wolfgang Brohmeier entablan una lucha heroica para darnos cuenta de sus talentos y de sus frustraciones.

EPÍLOGO

¿Qué es una utopía lingüística sino un sueño de comunicación generalizada, de confraternidad lingüística, la esperanza de un “volapuk” efímero de lenguas que no necesitan la traducción, ciencia ficción de retrogradación a etapas prebabélicas, eliminación de los “guetos” lingüísticos, la creación de una única lengua de contacto, idealización de una transnacionalidad de las lenguas, sueño homicida de provocación a los traductores, arrojarlos en las celdas más recónditas de los “infiernos” de las bibliotecas, condenarlos a un auto de fe que, sin lugar a dudas, debe ejecutarse en las callejuelas de Toledo, para justificar la universalidad de los idiomas? Reflexión sobre una novela cómica y sentimental aparecida en 1992 en Estados Unidos, *The Golden Gates*. Se trata de una novela sobre California escrita por Vikram Seth (¿pseudónimo?), un economista educado en Oxford que estudió varios años en China. La novela está escrita en verso, inspirada en la traducción inglesa de Charles Johnston del *Eugene Onegin* de Pushkin.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERMAN, A. (1984) *L'épreuve de l'étranger*. París: Gallimard.
- BORGES, J. L. (1960) “El idioma analítico de John Wilkins”, en *Otras inquisiciones*. Buenos Aires: Emecé.
- (1983) *Literatura y patografía en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- DERRIDA, J. (1996) *Le monolingisme de l'autre*. París: Ed. Galilée.
- FAUCONNIER, G. (1974) *La coréférence: syntaxe ou sémantique?* París: Seuil.
- GENETTE, G. (1982) *Palimpsestes, la literatura au second degré*. París: Seuil.
- JAKOBSON, R. (1963) *Essais de linguistique générale*. París: Minuit.
- NABOKOV, V. (1955) “On Translating Eugene Onegin”, *The New Yorker*, 34.
- QUINE, W. (1960) *World and object*. Cambridge, MA: MIT Press.
- STEINER, G. (1975) *Después de Babel*. México: Fondo de Cultura Económica.